

LA IMAGEN PSICOLOGICA DEL HOMBRE

«En un mundo que cada vez se psicologiza más, que es un mundo crecientemente psicologista, donde quien más y quien menos tiene su psicoanalista o su consejero psicológico, el tema de la imagen psicológica del hombre tiene su importancia y merece que se le preste atención, tanto por parte de los psicólogos como por el público implicado en el problema». Con estas palabras iniciaba José Luis Pinillos, catedrático de Psicología de la Universidad Complutense, el curso universitario que, con el título genérico de «La imagen psicológica del hombre», impartió en la Fundación Juan March entre los días 10 y 19 de febrero. Las cuatro conferencias de que constaba el ciclo fueron las siguientes: «El hombre máquina», «El hombre de los instintos», «El hombre psicométrico» y «El hombre incondicionado». Se presenta a continuación un amplio resumen de las cuatro conferencias.

Lo que creemos los psicólogos que es el hombre influye en los problemas que luego la psicología analiza científicamente. En todos los campos ocurre algo de esto, pero en las Ciencias Humanas mucho más. En ellas, a pesar de todas las precauciones y garantías —con frecuencia más favorable que otra cosa—, la creencia influye en la ciencia.

La psicología refuerza socialmente la imagen del hombre en que cree, o que prevalece en la



JOSE LUIS PINILLOS (Bilbao, 1919) es catedrático de Psicología en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense y académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Fue secretario del Departamento de Filosofía de la Fundación Juan March y es miembro de su Comisión Asesora. Entre sus publicaciones se encuentran: «Principios de Psicología», «La vida de la ciencia», «La mente humana», «Las funciones de la conciencia» y «La psicología de la vida humana».

sociedad de su tiempo. En otras palabras, la ciencia influye en las creencias y en los modelos de conducta de la gente. Por ejemplo, se refuerza la idea de que la inteligencia de cada cual es como una cantidad fija que puede medirse con precisión y expresarse en un Cociente Intelectual fijo, y esta creencia ha marcado el destino de mucha gente, que habría sido distinta si los tests se hubieran enten-

dido y utilizado de otra forma. Como hay varias escuelas de psicología, ocurre que cada una lo hace a su manera: según de qué tendencia se trate, la imagen del hombre variará también; y viceversa, según qué modelo de hombre prevalezca, así será también la clase de psicología que se haga.

Pero ¿por qué comenzar con el hombre máquina? Las razones son diversas: porque es la primera gran metáfora de la psicología moderna; porque es muy insistente y continúa vigente hoy; y porque esta imagen del hombre posee una gran incidencia social y es coherente, favorece los propósitos manipulativos del gran Leviatán, que es el Estado moderno.

Una concepción del mundo como un sistema de cuerpos en movimiento, como una 'grande machine', supone explicar la vida o la conducta en términos de mecanismos, o sea, de un sistema de piezas que transforman un movimiento en otros.

Un extraño personaje francés del XVIII, Julien Offray de La Mettrie, marqués, médico, biólogo, fisiólogo, filósofo y autor de encendidos panfletos, publicó en 1747 «L'homme machine», que fue recibido con división de opiniones, menospreciado por unos y alabado por otros. La tesis general del libro es bien sencilla de exponer en sus líneas manifiestas. No tanto quizá en lo que se refiere a sus raíces, presupuestos e implicaciones.

El mundo no es más que una «grande machine», sin misterio interior. Algunos se empeñaron en situar dentro del cuerpo humano un fantasma, un homúnculo, «the ghost in the machine», pero la verdad del mecanicista es que sólo hay cuerpo. La óptica del mecani-

cismo no da para más. Y La Mettrie es perfectamente lógico en su descabellado libro. Después de la muerte del cuerpo, nada; átomos y vacío.

Hoy el modelo de hombre máquina sigue contando con innegable fuerza, sigue además mecanizando la conducta, desde su función de modelo, de imagen asumida luego por la sociedad. El hombre del XVIII y el del XIX considerará como un inmenso progreso la extensión de las leyes de la naturaleza, la mecánica, a la conciencia, a la fisiología y luego a la cultura. El influjo fue tan grande, el prestigio de la física tan enorme, que el hombre llegó a alardear y a estar orgulloso de verse como una máquina: es el caso del pobre La Mettrie. Aunque la máquina continúa siendo, ésa es la verdad, el orgullo de la nueva psicología. Sin duda, el mecanicismo es erróneo, refutable, pero con él se ha hecho gran parte de la psicología. Nobleza obliga. Sólo que, aun siendo eso verdad, la razón mecánica tuvo que dejar en tierra todo lo que no cabía en su navegación. A última hora, la realidad es tenaz. De una manera u otra, lo que el mecanicismo apartó, lo que quedó fuera del hombre máquina, siguió pugnando por abrirse paso a través de otras psicologías, que presupondrán y difundirán otros modelos de hombres, con otros atributos, otras tendencias. Uno de ellos iba a ser el modelo pulsional, el que acentúa el papel de lo instintivo en el hombre.

El hombre de los instintos

Si la conducta del hombre máquina estaba sometida a la

▷ tiranía de los estímulos, no brotaba del fondo de su propia persona (era una psicología de fuera adentro), la del hombre de los instintos corresponde a una psicología de dentro afuera, que sitúa la raíz del comportamiento en la interioridad humana, y de sus patologías en las regiones más profundas de la mente. Pero a la postre nos vamos a encontrar con otra forma de determinismo. Cuando la psicología recupera la vida afectiva que el modelo de máquina había dejado fuera, no de fuera adentro como en el caso anterior, nos volvemos a encontrar con que tampoco ahora la persona es dueña de sí, capaz de darse destino en libertad. La vida que vivimos, nos vendrá a decir Freud, no es más que un efecto de lo que ignoramos. Nuestras decisiones conscientes, nuestras razones y motivos para actuar, no son en realidad nuestras. Proceden de los sótanos de la mente. Creemos actuar, y somos actores de un papel escrito por otro autor... Crees que empujas y te empujan.

La idea es antigua. En «La República» hay pasajes donde Platón se refiere a la «bestia salvaje» que anida en nosotros, que llevamos dentro, y que cuando la razón duerme, así lo dice, no hay crimen, incesto ni parricidio que la detenga en la ejecución de sus insensatos designios. Esta bestia es adicta a los placeres, y si la razón flaquea, es capaz de todo para conseguirlos.

En esta lista de pensamiento es obligado mencionar dos precursores de Freud —Schopenhauer y Nietzsche—, dos maestros de la sospecha, que le llevaron a desconfiar de la razón y de la verdad del racionalismo. Quizá de toda razón y de toda verdad.

Schopenhauer pone las bases para que Freud pueda disociar la representación de la pulsión. Lo cual es la clave de todo el psicoanálisis, en el sentido de que la pulsión inconsciente, que jamás puede ser representación, jamás puede presentarse como un contenido de conciencia, puede disociarse del trauma originario, del trauma infantil, e investirse, proyectarse en contenidos de conciencia asociados con los de la experiencia traumática, y convertir en obsesivos u horripilantes contenidos, representaciones que antes eran normales.

En Nietzsche es, sobre todo, la sospecha de que nuestros pensamientos no son sino la sombra de nuestros sentimientos. Es la voluntad de poderío, su aceptación, lo que llevaríamos más allá del hombre, más allá del bien y del mal.

Aprovecho la ocasión para subrayar el carácter reprimido, pero activo, polémico, del inconsciente freudiano, que no es la mera negación de la conciencia, lo no consciente, como puede serlo una piedra, sino el nóumeno psíquico, la realidad psíquica en sí, que nunca podrá conocer directamente la conciencia. Pero no es momento de explicar a Freud. Baste recordar una vez más que, según Freud, en el fondo del hombre se libra un combate entre la fuerza y el sentido, y que el primer Freud es pesimista: los instintos siempre vuelven.

En fin, esta segunda navegación tampoco nos presenta un modelo de hombre demasiado parecido al modelo del hombre libre, de persona humana, fin de sí misma. A la postre, nuestra libertad parece más una apariencia de tal que una libertad efectiva. Es una visión pe-

simista. Claro que el psicoanálisis pretende poner luz en esas profundidades, iluminar ese agujero negro que divide al hombre en luces y tinieblas. Claro que la escuela de Frankfurt y otras pretenden sacar al hombre del eterno retorno de lo reprimido y situarlo en una espiral histórica, ascendente, de redención de la animalidad. Pero ¿lo consigue? Veremos si el hombre, cuya inteligencia mide la psicometría, es capaz de poner claridad allí donde sólo parece haber sombras; veremos si ese hombre se ajusta o se puede aproximar algo más al modelo de hombre racional que describía la antropología clásica, al ideal de una vida que sea un movimiento de realización personal.

El hombre psicométrico

La imagen anterior es la de un hombre movido por unos instintos de placer y muerte, que aun siendo suyos no podía llamar propios, pues no estaba apropiado de ellos, y aunque momentáneamente pareciera poder dominarlos, reprimiéndolos en nombre de la cultura, finalmente lo reprimido terminaba siempre por volver. Se trataba, en suma, de un ser humano dividido, paradójicamente alienado desde su propia interioridad en lugar de estarlo desde el mundo exterior.

Ahora bien, si lo reprimido siempre vuelve —y el viejo Freud no andaba descaminado en eso—, lo que es preciso procurar es que lo reprimido retorne a un hombre apto, a un hombre inteligente, que sepa qué hacer con los instintos, que acierte a integrarlos en una vida histórica, los eleve al plano de la vida-biografía y los rescate de

esa vida meramente biológica a que puede regresar el hombre cuando se deshumaniza. Significa esto que tal vez la psicología que se ocupa de la inteligencia humana —y que no es sólo la psicometría, desde luego— podría ofrecernos comportar un concepto aptitudinal del hombre, donde el mejor conocimiento de su inteligencia podría ayudar a resolver el complicado problema de integrar los instintos en su vida personal.

Un panorama, en suma, poco estimulante, que justifica nuestra aproximación esperanzada a una psicología de la inteligencia, centrada sobre la imagen del hombre apto. Quizá desde ella se nos revele un tipo de hombre más capaz de empuñar con mayor lucidez el timón de la propia vida.

Por supuesto, la psicometría no es toda la psicología de la inteligencia, ni mucho menos, pero ha desempeñado un cometido importantísimo en toda la psicología diferencial de las aptitudes, y de modo muy especial en el análisis factorial de la inteligencia. De otra parte, la psicología, como a veces pretende hacérsenos creer, tampoco es un pecado contra el ser humano, pero ciertamente ha cometido algunos lo suficientemente graves como para desvirtuar seriamente la imagen de hombre que pudiera desprenderse de ella, la imagen del hombre que pudiera quedar asociada al movimiento de los tests.

La psicometría ha conseguido medir con relativa precisión, a veces con mucha, diversos aspectos del psiquismo humano que en principio no parecían susceptibles de ser medidos: así, vaya por caso, la inteligencia, las aptitudes; así también las actitudes. Todos ellos, logros

surgidos de la psicología diferencial, interesada en aprovechar el gran significado y alcance que, en el ser humano, poseen las diferencias individuales. Pero... al mismo tiempo, la psicometría ha puesto la magia de sus números al servicio de situaciones inaceptables, que a su vez han reobrado negativamente contra la propia pulcritud científica de la ciencia psicométrica.

El hombre de la psicometría se nos presenta como un plantel o repertorio de aptitudes, tal vez como un sistema jerarquizado de capacidades operativas, para resolver problemas o realizar tareas de diferentes tipos. Lo cual postularía una imagen de hombre mucho más próxima a la que nos ofrece la experiencia de nuestra actividad cotidiana y la utopía de la emancipación por el triunfo de la razón.

Yo soy de los convencidos de que la psicometría no tiene por qué incorporarse a la mecanización del hombre. A mi parecer, de suyo reclama ya un ser humano personal, un individuo inteligente, compaginable con el hombre incondicionado a que apunta la psicología del futuro, la psicología propia de la sociedad del conocimiento, no la sociedad del condicionamiento, a que en estos momentos aspira lo mejor de la humanidad, fatigada ya de un orden mecánico que contradice la espontaneidad de la vida, la creatividad y la libertad. Creo que a este empeño se ajusta bastante la psicometría, si no fuera porque una buena medida puede utilizarse mal. Lo que, hasta cierto punto, ha sido el caso de la psicometría.

Si el hombre es la medida de todas las cosas, mal podría ser medido por ninguna de ellas.

Fundación Juan March

CURSOS UNIVERSITARIOS 1986/87

La imagen psicológica del hombre

JOSÉ LUIS PINILLOS



FEBRERO 1987

Martes 10
EL HOMBRE MAQUINA

Jueves 17
EL HOMBRE DE LOS INSTINTOS

Martes 17
EL HOMBRE PSICOMÉTRICO

Jueves 19
EL HOMBRE INCONDICIONADO

400
1.50
25 Todos los derechos reservados. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

Tal es, creo yo, el espíritu humanista que básicamente anima la notable obra de Stephen Jay Gould, «The mismeasure of man» (quizás «El hombre mal medido» en castellano), que es una de las críticas más duras que jamás se hayan hecho de la psicometría. Su tesis es que la psicometría del siglo XX, o más exactamente, aquella parte de ella que se refiere a la medida de la inteligencia humana, viene a ser como una continuación sofisticada, como una prosecución puesta al día, o más bien maquillada, de la vieja craneometría que tanto entusiasmó al hombre blanco, al anglosajón sobre todo, diría yo, del siglo pasado.

Sería muy grave que el mismo racismo que deformó la craneometría, que hizo de ella

un prejuicio disfrazado de ciencia, operase también en la psicometría, prosiguiera haciendo de las suyas en la medida de la inteligencia. Sería deplorable que una de las partes de la psicología que más podría, de suyo, ofrecernos una imagen lúcida del hombre, como un ser racional apropiado de sí y capaz de darse destino inteligentemente, se viera envuelta ella misma en las redes del prejuicio racial, del fatalismo y, a la postre, de un determinismo escasamente compatible con la libertad del hombre.

La auténtica dificultad de fondo con que uno se encuentra al intentar extraer un modelo antropológico de la psicometría, ya lo hemos visto, es que, pese a su alto grado de sofisticación estadística y matemática, y a los resultados prácticos que sin duda acumula en su haber, se halla desde hace decenios envuelta en un clima polémico, donde se le acusa de haber pecado gravemente contra la objetividad de la ciencia, poniendo sus recursos al servicio de una sociedad manipuladora y llena de prejuicios, y no dando por ello tampoco una imagen adecuada del hombre cuya inteligencia estudia.

El hombre incondicionado

Creo que ha llegado la hora de enfrentarnos con una psicología que aloja un modelo de hombre más parecido al de carne y hueso que somos. Ha llegado el momento de establecer contacto con esa psicología humanista, que siempre ha tratado de retener en su punto de mira lo humano del hombre, tal vez a la espera de que las obras psicológicas alcanzaran el

grado de desarrollo científico suficiente para no tener que descoyuntar, ni mutilar, ni reducir la conducta del hombre que tenía que reducir para poder estudiarlo.

Tal vez la psicología humanista, con el toque existencial que le es propio, podría tal vez proporcionarnos ese modelo de hombre libre, «hombre incondicionado» lo titula Víctor Frankel, por el que la psicología parece que debería haber apostado desde el principio, aunque bien cierto es también que no hubiera sido fácil.

Si entre los objetivos de la ciencia positiva se cuentan la «predicción y el control», en principio no parece fácil que la psicología científica propicie una imagen de hombre libre, advertido y dueño de sí: un hombre que sea algo más que sus condiciones. Más bien, uno estaría tentado de asegurar que no, que la finalidad de la psicología es justamente la contraria, es decir, consiste en reducir los grados de libertad de la conducta, apresarla en una red de causas y leyes necesarias, hasta hacerla perfectamente previsible y controlable.

La vida cotidiana nos enfrenta a todas horas con la experiencia inmediata de la libertad, con la impresión de libertad, con la convicción de que, aunque en una medida limitada, con eximentes, somos responsables de nuestros actos. No obstante, sobre esa experiencia evidentísima, inconclusa, la psicología científica arroja serias sombras de sospecha. Y en efecto, los hechizos, conjuros, insidias y sortilegios de que es objeto la acción humana, los espejismos que se apoderan de nuestra razón sin que nos apercibamos de ello, son tan numerosos y

efectivos que la defensa de la libertad no puede entonarse desde el desconocimiento de las oscuras influencias que marcan nuestro comportamiento al margen de la conciencia.

La psicología dispone ya de una tecnología conductual bastante efectiva —aunque por supuesto sea infinito lo que queda por averiguar—, y no sólo es posible erradicar problemas de conducta, sino asimismo incrementar la lucidez de las personas, ponerlas en estado de decidir por sí mismas y hasta cierto punto de estar alerta contra los enemigos de la libertad. No otra cosa es lo que mantiene el autor de ese libro sobre «Der unbedingte Mensch», que entiende que el hombre incondicionado es a última hora cualquier hombre, incluso el enfermo mental, el psicótico mismo, ya que lo que enferma no es propiamente la persona, sino el cuerpo: una especie de piano desafinado del que no es posible hacer carrera.

Ese hombre incondicionado es un ser apropiado de su propia identidad, que acepta por supuesto la realidad, pero no se rinde a ella. Ese hombre está condicionado, pero no causado. Puede elegir, ha de elegir, puede sobreponerse incluso a sí mismo, hasta para dejar de ser libre ha de hacerlo mediante un acto libre. A lo que menos se parece ese hombre incondicionado es al que piensa que la libertad consiste en aceptar lo inevitable. No. El hombre libre acepta lo real, pero sin rendirse, sin renunciar a remediar sus imperfecciones.

Era Piaget, bien ajeno por lo demás a estos problemas, quien durante toda su vida estuvo preocupado porque la conducta intelectual era en el fondo una

conducta «reglada», no causada; una actividad regida por reglas violables, una actividad reversible, no un proceso fatalmente sometido a la flecha del tiempo, que nunca vuelve atrás, a las leyes necesarias: una actividad de implicación, en vez de causación, de reglas en lugar de leyes, de reversibilidad, no de necesidad.

Comienza a entenderse de nuevo que el comportamiento humano es un movimiento de realización, una praxis valiosa, no un mero proyecto mostrenco: un proyecto vital que la persona, no el organismo, ejerce en orden a conseguir poner por obra en el mundo de fuera unos fines que previamente se han engendrado en el mundo de dentro. Una psicología también de dentro afuera, y no sólo al revés.

Soy de los convencidos de que la psicología terminará reorientando su rumbo, ya lo está haciendo, en esa dirección. La psicología es ya capaz de intervenir para emancipar: no sólo para hacer pronósticos, sin más, sino para hacer posible que los pronósticos sean buenos para el hombre. La psicología ya entiende de futuros.

Ciertamente, la libertad del hombre no es absoluta, está condicionada, rodeada de cadenas; pero a la postre, condicionada y todo, es libertad. De ella, de la libertad, cabría decir lo que Mercutio, herido ya de muerte, respondió a Romeo: «¿Qué si es mucha la herida? No, no es tan honda como un pozo, ni tan ancha como la puerta de una iglesia: pero basta; servirá». Y tal es lo que ocurre con la libertad. Que la poca que tenemos basta para luchar por ella y para impedir que la poca ciencia nos la arrebatte. ■